

so de la advertencia, razón por la cual pereció toda la tribu pima á excepción de un solo indio, bueno y valiente, á quien salvó el favor especial del gran espíritu; el segundo, en cambio, se aprovechó del aviso del coyote y construyendo un gran barco salvó en él á su tribu y á muchos animales y fué el primer padre de los papagos. Al ver que se aproximaba la tempestad entró en su embarcación, cruzó en ella las encrespadas olas y cuando el agua descendió desembarcó en la montaña de Santa Rosa. También el lobo se salvó de esta catástrofe introduciéndose en una gran caña cuyos extremos cerró con una sustancia resinosa impermeable. Los papagos de nuestros días creen que el profeta que se salvó en el barco era su antepasado y todos los años visitan la montaña y la pequeña aldea de Santa Rosa en conmemoración del feliz salvamento del creador de su tribu: por la misma razón casi ningún papago se atreverá á dar muerte á un coyote. La leyenda de Menabuscho, el héroe de los algonkines, presenta distintos caracteres: alcanzado por el diluvio á pesar de haber huido á la montaña más alta en castigo por haber muerto al rey de las serpientes, encaramóse á un árbol, pero el agua subió tras él: entonces dijo tres veces «¡crece!» y el árbol creció cada vez más, pero el agua llegó hasta cubrirle la barba. En tal apuro ordenó al lenguado y al ratón almizcleño que le trajeran tierra, apareciendo á su evocación en la superficie los cadáveres de esos dos animales. Menabuscho resucitó al ratón el cual trajo tierra entre sus garras creando entonces el héroe nuevamente la tierra junto con las plantas y los animales.

La idea de que en un principio sólo existía el agua infinita de la cual surgió por modo admirable la tierra da á estas leyendas una importancia cosmogónica mayor de la que tiene la leyenda mosaica del diluvio, pues ésta pierde su profunda significación y su necesidad desde el momento en que el diluvio ocurrió después de la creación. El hecho de que, como hemos dicho, los pájaros representen tan importante papel en la creación de la tierra constituye un pensamiento que vemos extendido casi por todo el mundo. Los vientos con su soplo ejercen una acción creadora; ya hemos indicado su presencia entre los pimas: entre los muskotschis traen en forma de dos palomas á la tierra sobre una brizna de hierba que flota por encima del agua; entre los yokutes esta brizna se convierte en percha que sale fuera del mar originario y sirve de asiento al halcón y á la corneja, los cuales para distraerse crean otros pájaros y entre ellos un pequeño pato que de lo más profundo de las aguas trae el limo con que hacer la tierra. También los tinnes dicen que su pájaro de los dioses, el águila, separó las aguas. Los californianos y los quiches consideran á los vientos como auxiliares del creador y dicen que el viento volaba sobre el agua muerta y exclamó «¡tierra!» y la tierra fué hecha. A la procelaria se asocia la serpiente alada del rayo, de modo que aquí se asigna ya á la nube de la borrasca una actividad creadora: esa serpiente nada también por el mar. El Rey de la Cueva de los chilotas abandona sus cavernas y monta en un caballo marino (como á tal se considera el elefante marino) para con él cruzar las olas ó subir á su barco de espíritus: es digno de notarse que como cualidad principal se le atribuye el arte de producir el fuego con sólo frotar su cola ó una cuerda negra. Los pimas suponen creada la tierra por una araña que la creó en su tela y á la que tienen por la primera de las criaturas: en esto aparece clara la traslación á esta leyenda de la red de la creación con la cual fué extraído el mundo del mar originario, y por otro lado, quizás, coincide con la historia de la creación la santificación de la red de pescar de

la que dice Lalemant (1639) que entre los hurones cada año se casan con ella dos vírgenes para mejorar los lances. Es posible, empero, que esta santificación sea simplemente veneración de un amuleto.

Quizás á consecuencia de una tradición algo más fija pero también más vaga, ó estimulada quizás por el instinto de los sacerdotes inclinado á las multiplicaciones de una misma idea, aparece en vez del diluvio la noción de las épocas ó ciclos á cada uno de los cuales precede una destrucción del género humano producida por el agua, por la tempestad, por el fuego, por la peste ó por el hambre. Esos ciclos los encontramos entre los mayas y los aztecas: los primeros suponen que ocurrieron tres; dos á consecuencia de peste y uno á consecuencia de tempestades que soplaron en todas las direcciones de la rosa de los vientos, de suerte que según ellos el mundo se encuentra en su cuarta época; los segundos creen que las destrucciones fueron causadas dentro de un orden determinado, aunque no el mismo en todas las fuentes á que acudimos, por el agua, el fuego, la tempestad y el hambre. Este último pueblo apaga cada 52 años todos los fuegos y enciende otros nuevos por medio de la frotación de maderas, y cree que si tal no se hiciera el sol no volvería á salir y las aguas se derramarían devastadoras por el mundo. Igual temor experimentan otros, incluso los peruanos, cada vez que ocurre un eclipse solar. Respecto del fin del mundo circulan predicciones y profecías según las cuales á los actuales winnebagos, por ejemplo, no les quedan de vida más que tres generaciones, pero la mayoría de los que tal opinan creen que entonces estará ya construido detrás de las ruinas del mundo antiguo un mundo nuevo y quizás mejor. P. Lizana nos ha conservado la siguiente profecía de los mayas:

«Al fin de los tiempos, así está decretado, — la adoración de los dioses tendrá su fin — y el mundo quedará purificado por el fuego. — Feliz será aquel que esto presencie — después de haberse arrepentido y haber llorado sus pecados.»

El segundo diluvio facilita el problema antropogénico puesto que hace perecer á toda la humanidad, excepción hecha de una pareja ó de un solo individuo que logran su salvación subiéndose á un árbol ó á la cima de una montaña, ó metiéndose en las cavernas ó refugiándose en un bote. Estos seres que se salvan son luego los nuevos creadores de las criaturas que han perecido, aunque lo sean de un modo tan extraño como entre los tolowas según los cuales las almas de los difuntos se convirtieron en osos, ciervos y otros animales de la selva. Del hecho de que los creadores de la humanidad sobrevivían á los primeros hombres ha querido deducirse erróneamente que el mito americano del diluvio es una especialidad única en su género, cuando tenemos á Manú, el primer hombre de los brahmanes, que es el único que sobrevive al diluvio, creando después de éste por su propia fuerza las nuevas generaciones de hombres.

En los mitos indios de la creación el reino animal aparece facilitando los disfraces bajo los cuales los altos dioses del cielo, el sol y sus hijos, los que traen el fuego, la luna y los dioses del agua emigran á la tierra y cuidan de las criaturas salidas de la creación. En el fondo, esto descansa en el hecho de que su misteriosa gestión les hace aparecer como mensajeros de otro mundo y permite atribuirles relaciones con lo supraterráneo. De aquí nace una casta de adivinadores que, al igual de los augures romanos, basa en el Perú y en Méjico sus profecías en los movimientos y en las voces de los animales.

En este orden de ideas ocupan los pájaros el lugar prin-

cipal, preeminencia que está justificada por su vuelo, por sus emigraciones á menudo realizadas con la rapidez del rayo, por su aspecto en parte fuerte y en parte lleno de misteriosa elegancia, por su plumaje con frecuencia pintado de todos colores y sobre todo por sus íntimas relaciones con el aire, con el viento, con la tempestad y hasta con el sol. La encarnación de los vientos en pájaros gigantes que vienen de la residencia de los dioses ó van á ella es cosa que fácilmente se comprende. Cuando los zuñis imploran el beneficio de la lluvia cogen cuatro plumas de águila que representan á las cuatro regiones del mundo ó á los vientos. Ya hemos visto á las águilas desempeñar el papel de mensajeros de las tempestades del diluvio, pero además de este desempeñan esas aves el de pájaros del sol. El águila á quien tan entrañablemente amaba una reina de los pimas, al verse arrojada huyó hacia el sol de donde no regresó hasta que condujo á ese país á los conquistadores españoles. Algunas aves de las que se sumergen, y en la leyenda yokuta un pequeño pato, trajeron, como hemos dicho, de las profundidades del mar la tierra poniendo con ello término al diluvio. Los konkanes tienen por sagrados á los patos blancos y los navajos creen que en los cuatro extremos del mundo hay cuatro cisnes del mismo color. Las nubes son directamente calificadas como aves; los tinnes personifican su trinidad divina en águilas colosales que representan al padre, á la madre y al hijo: el macho al dirigirse á su nido produce el día, la hembra en cambio engendra la noche. En el comienzo de todos los tiempos esta águila descansaba sobre el océano, única cosa que en aquel entonces existía. Según los tinnes, el rayo fué también creado por la mirada de una águila monstruosa llamada Idi, y el estampido del trueno por el rumor de sus alas. Los algonkines profesan esta misma creencia y denominan al pájaro Pijesiw, gallo de matorral: los dakotas llaman á su dios del trueno Wakeyan y se lo imaginan como pájaro cuyo vuelo produce el rayo y el trueno: este dios vive en un palacio con cuatro puertas mirando al Este, al Oeste, al Norte y al Sud, en las que están de centinela la mariposa, el oso, el renjífero y el castor. Los pomas dan también á su dios principal el nombre de águila y en la autobiografía de Black Hawk se habla del buen espíritu en forma de pájaro con alas blancas cien veces mayores que las alas de los cisnes, de cuya actividad en punto á secar la tierra hemos ya hablado. No tiene, pues, nada de extraño dados estos antecedentes meritorios que los athapaskes le consideraran como su primer padre y que estimaran como adorno el más apreciable las plumas de águila. La creencia de que el mochuelo es ave nocturna y mensajera de desdichas está muy extendida, pero mucho más temidos como enviados del infierno y otras veces mucho más venerados por causa de miedo como almas de los muertos se nos presentan desde Erie hasta Chile distintas chotacabras tales como el whippoorwill del Norte y el chichón del Sud. En Méjico un pájaro verde (el papagayo?) estaba consagrado á Queetzalkoatl, divinidad que siempre iba acompañada de un gran número de aves. Los aschotschimis de California tienen por malos espíritus al mochuelo y al halcón; los pimas consideran al primero de estos pájaros como ave del diablo que conduce á las almas al otro mundo y cuyo graznido anuncia la muerte: es mirado con terror y nadie se atreve á matarle. Con esta creencia se relaciona lo que Sahagún nos refiere de los mejicanos cuyos sacerdotes explican no sólo los movimientos de las ranas y de los gusanos sino también los gritos y graznidos de los grandes pájaros, etc. Con plumón se contiene la salida de la sangre y la acción de esparcirlo delante de un extranjero es un signo de paz:

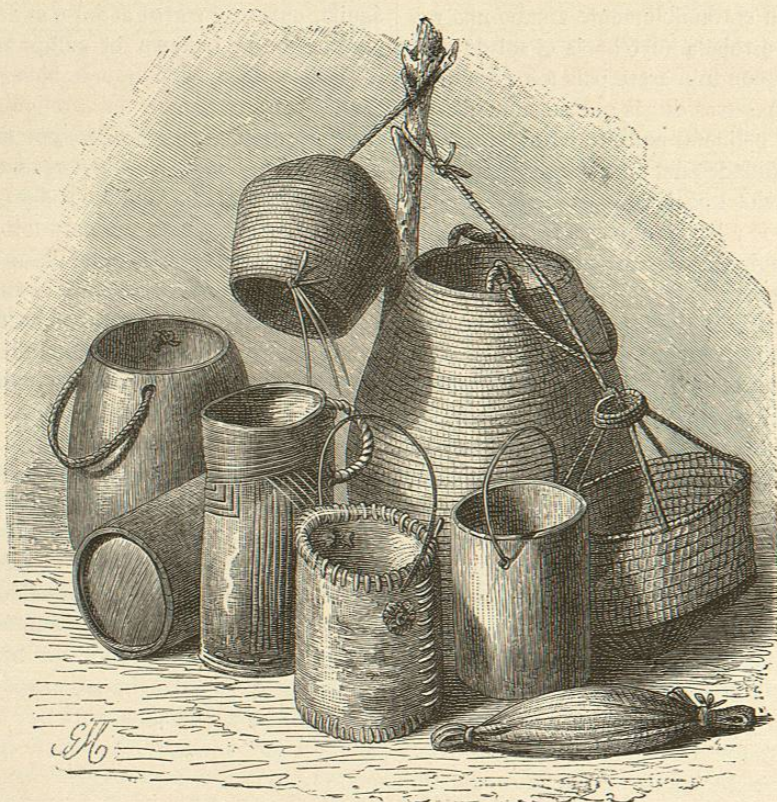
esa clase de pluma constituye el principal elemento del adorno que se lleva en la cabeza en las danzas solemnes.

Algunas tribus norteamericanas consideran como inviolables á las palomas. Y aquí creemos oportuno á modo de paréntesis hacer notar que los símbolos animales de las clases totems se presentan de tal modo enlazados con la religión como poderes espirituales objeto de veneración que vemos á algunos observadores, conocedores poco profundos de estas cosas, calificarlos de dioses de estos pueblos. Jacobsen, por ejemplo, dice hablando de los haidahes que sus dioses son diversos animales por más que también figuren en el número de sus divinidades el sol, la luna y el arco iris: es más, cita entre los dioses secundarios ó auxiliares que ayudaron á los cuatro principales (oso gris, águila, cuervo y zorro) al sol y al arco iris en la misma categoría que la ballena, el gallipavo, el pez y el mochuelo. Esta equivocación que le hace ver en la adoración de los animales el remate de la religión de los norteamericanos está, además, fomentada por la circunstancia de atribuir estos pueblos á su dios creador que habita en el cielo alas colosales ora haciéndole rodar por el firmamento como esfera solar alada, ora presentándolo encarnado en las tempestuosas nubes que se precipitan como aves de rapina y de las cuales brotan las fecundas lluvias y el rayo asolador. Por esto cuando al comenzar el ascenso de las aguas se separa de sus hermanas que descienden á la tierra y en forma de pájaro gigantesco tiende su vuelo hacia el Sudoeste, les dice: «Ya no me veréis más pero mientras viváis me oiréis.»

La adoración del oso penetra hasta muy adentro de América procedente del Asia. Entre los wintunes de California encontramos al lado de los sentimientos de terror y de odio que inspira el oso gris la adoración del oso negro al que se considera como animal de buen agüero y cuya piel trae buena suerte, aun después de la muerte, al que con ella es enterrado. Cuando se mata un animal todos los habitantes de la aldea bailan al rededor de él la danza del oso negro, para lo cual se extiende la piel en el suelo y los hombres dan vueltas en torno de la misma golpeándola á menudo con sus puños cual si quisieran curtila; terminada la ceremonia envíase la piel á la aldea vecina en donde se repite la misma función. Algunos impíos wintunes se convirtieron en osos grises, animales á quienes se tiene por encarnación de todo lo malo, tanto que la maldición más terrible entre ellos es: ¡ojalá que te coma un oso gris!

Todo animal de caza es considerado hasta cierto punto como sagrado: en otro tiempo los cazadores de búfalos miraban con terror los grandes círculos formados por cráneos de éstos que según ellos encerraban las almas de los mismos, pudiendo algunos observadores superficiales llegar á creer que los mandanes adoraban en la cabeza de búfalo al ser supremo. Los dakotas miran con malos ojos que los perros roan ciertos huesos de animales muertos porque temen que las almas de éstos no puedan volver á unirseles y que de esta suerte desaparezca la raza de los mismos. Las malas almas arrastran una existencia miserable convertidas en serpientes de cascabel y en algunas leyendas todas las almas que no han podido llegar á los Eliseos se transforman en animales y en plantas. Los indios liebres y los bizcos veneraban al buey almizcleño y creían que sus excrementos eran una medicina que hacía invulnerable al que la tomaba: uno de sus héroes Etsigégé (Torta de vaca) fué untado en su infancia con estos excrementos gracias á lo cual adquirió un poder mágico. Los tinnes de los montes Roquizes, los indios liebres y los costillas de perro dicen lo mismo respecto del perro y de sus excrementos.

Petitot conoció á un hechicero que durante sus cantos tragaba esta porquería repugnante y aun tenida por venenosa, gracias á lo cual había logrado extraordinaria fama. Los habitantes del alto Oyapok creen que las fuentes de este río son vigiladas por un «hechicero tigre» (*Yauar piay*) cuyas monstruosas garras han dejado impresas sus huellas en los peñascos de las riberas. Los cholones llevan dientes de onza como talismanes y los rukujennes y sus afines ven en el jaguar como los malayos en el tigre á un espíritu de la selva. Ciertos animales no pueden ser matados más que con determinadas armas; así por ejemplo los cholones no disparan nunca contra los perinópteros, halcones y armadillas flechas envenenadas.



Cestas y vasijas de la Tierra del Fuego, de madera, corteza, cuero, junco y tripa (Colección de Hagenbeck, Hamburgo).  
1/6 de su verdadero tamaño

les considerara como divinidades del agua y la de cambiar de piel fué causa de que se les tomara por símbolo del nacimiento. Gracias á la semejanza que tienen con el rayo se creyó que el trueno era su silbido. Los hurones tienen la leyenda de las serpientes con cuernos, análogas á la cual se nos presentan la del rey de las serpientes guardador de tesoros y otras parecidas que encontramos en el Perú. Esto no obstante, la adoración de las serpientes se nos aparece indeterminada en su mayor parte. Los oyampis de Guayana temen á una serpiente gigantesca que vive seguramente en cualquier lugar oculto de su país y no se atreven á matar ni á herir á una boa por temor de que sea un hijo de ese animal fabuloso, cosa que no es posible saber á ciencia cierta: en caso de que alguien dé muerte á una boa lo menos que sucede es que llueva. En cambio en aquellos territorios en que aunque mutilado ha penetrado el cristianismo, las serpientes son objeto de gran persecución: tal sucede entre los bonis de Guayana que al proceder de esta suerte se acuerdan del papel que desempeñó la serpiente en el Paraíso. La predilección que se tiene por San Pablo y que se manifiesta por las muchas aldeas que llevan este nombre nace de la significación que tiene como protector

El lobo se convierte en animal de la creación que ó bien creó, en unión con la luna, la tierra y demás criaturas ó bien sacó á éstas por sí solo de la nada: según una leyenda californiana también creó á los peces del lago Clear puesto que después de haberse tragado toda el agua en éste contenida y con ella una porción de langostas, un indio le pinchó el vientre del cual volvió á salir el agua y con ella mezcladas las langostas convertidas en peces. En las grandes solemnidades los médicos imitan el aullido del lobo y de otros animales salvajes.

La creencia de las serpientes puede ponerse inmediatamente después de la de los pájaros: la circunstancia de haber sido vistos aquellos reptiles en los ríos hizo que se

contra las serpientes, siendo á él consagradas las comarcas en que abundan mucho estos reptiles. Los chilotas creen que todo cuanto se lleva consigo el que penetra en la cueva de su dios de las cavernas se transforma en serpientes. Los norteamericanos veneran á la serpiente de cascabel que sus hechiceros domestican y evitan cuanto pueden darle muerte. Los dientes de serpiente protegen contra el veneno de ésta. La serpiente acompaña en calidad de rayo al pájaro del huracán y nacida entre las fertilizadoras lluvias pasajeras puede llegar á ser símbolo de la fertilidad: el actual escudo del Estado mejicano ostenta todavía esta alianza. También desempeña un papel mitológico como animal acuático la rana que encontramos reproducida en innumerables figuras, especialmente en el círculo de la cultura tolteca (véase el grabado de la pág. 101).

La tortuga unas veces aparece como sostenedora del mundo y otras ayuda á la creación del mismo sumergiéndose al igual que otros animales en el mar que todo lo cubre para traer limo con que formar la nueva tierra: los mandanes la acumulan al diluvio por medio de una leyenda según la cual un indio quiso desenterrar un tejón pero ahondó tanto en el suelo que atravesó la espalda de la tor-

tuga que sostiene á la tierra. En la leyenda animal de los norteamericanos desempeña asimismo un gran papel como autora de una serie de intrigas y astucias parecidas á las que los bosquimanos y los hotentotes atribuyen al chacal y á la langosta. De esta clase han llegado hasta nosotros una porción de leyendas de los etschemines, tribu extinguida de Connecticut.

Los pueblos del interior de la América del Norte profesaban una veneración casi religiosa á los moluscos marítimos. Al decir de Long los omahas tenían á principios de este siglo un gran molusco que desde muchas generaciones venía transmitiéndose en su tribu y para el cual habían construído una cabaña de pieles ó, si se quiere, un templo especial. Este animal cuya vigilancia estaba confiada á un centinela no podía estar en contacto con la tierra y permanecía envuelto en muchas pieles de las que colgaban pedazos de tabaco, raíces y otros objetos análogos. Nadie podía sacarle de su envoltorio sin sufrir la suerte que según la tradición habían sufrido antiguamente algunos curiosos, á saber, volverse ciegos. En las guerras y en las cazas de toda la tribu un hombre especial llevaba en hombros al molusco, á quien se consultaba como oráculo antes de emprender una expedición guerrera entregándose luego al hechicero para que se lo fumara un pedazo del tabaco que estaba colgado en su cabaña. Todos los que consultaban aplicaban su oído al molusco; si notaban algún ruido el oráculo se consideraba favorable y en caso negativo se tenía por funesto.

Es realmente extraña la escasez de leyendas de animales en la América del Sud que tanto abunda en éstos. Sólo de cuando en cuando aparece algún indicio de las mismas como sucede por ejemplo entre los indios de Guayana, los cuales, según Crevaux, creen que los animales tienen alma y médicos y les dedican ciertas festividades.

Por lo que hace á las creencias relativas á las plantas, también encontramos en América el árbol de los mundos que vemos en otras religiones. Cuentan los tinnes que cuando el hechicero Nayeweri quiso penetrar en el país de las almas se agarró al árbol grande que se levantaba delante del agujero y con su ayuda saltó al cielo: del héroe alongkín, Menabuscho, se refiere que durante el diluvio se salvó en un árbol que hizo crecer hasta que el agua no le alcanzó. Si despojamos á Menabuscho de los vulgares embellecimientos en que le vemos envuelto, encontraremos que no es otro que el dios claro de la luz y del trueno que habita en el Oriente, siendo por ende idéntico al «hombre del cielo» Tanne de los caribes que al separarse de los hombres les prometió que volvería para conducir sus almas al cielo desde la cima del árbol sagrado. Expresión más racional de la misma leyenda es la de los tupis según la cual los antepasados de éstos resistieron el diluvio subidos en árboles y al terminar aquél descendieron de ellos y poblaron la tierra. El árbol Papaya que crecía rápidamente hasta llegar al cielo recordaba al de esta leyenda; los cristianos dan todavía á ese árbol, madriguera de hormigas y perteneciente á la familia *Triplaris*, el nombre de palo santo. Muchos trozos de plantas son utilizados como amuletos y hechizos: las semillas de cierta hierba arrojadas al fuego atraían, al decir de los cholones, las más violentas tempestades.

Las piedras, las rocas y las montañas son veneradas por distintas causas: algunas de las primeras de una forma especial lo son como cuñas del trueno ó como fragmentos de tales. En Méjico apenas había aldea que no tuviera uno de estos ídolos. La adoración de las montañas está enlazada con la leyenda del diluvio por el hecho de haberse los

antepasados de los hombres refugiado en ellas durante esta catástrofe. Las destrales, puntas de lanza y cuchillos son denominados cuñas del trueno que, según se afirma, nacieron al golpe del rayo contra la tierra y cuya veneración está estrechamente relacionada con los mitos de la creación del hombre. Las montañas elevadas y los altos peñascos están habitados generalmente por espíritus malos, rara vez por buenos. El volcán de Osorno se denominaba en otro tiempo Hueñauca como la suprema divinidad de los chilotas que hoy vive retirado como «rey del averno» en una caverna á cuya entrada suele este dios estar sentado en forma de corpulento macho cabrío: esto es quizás un indicio de la transición al diablo cristiano. Cuando las canoas pasaban por los sitios peligrosos, sus tripulantes procuraban espantar á los espíritus del río con un estrépito infernal. Las selvas estaban pobladas de espíritus malignos como los *jan-chones* de los botokudos, los *anhangas* de los tubinampas, etc., que matan con la mirada.

Salvo muy contadas excepciones que reconocen por causa ora una observación inexacta ora el estado de pequeñas comunidades degeneradas, como la de los bajos *pend d'oreilles* del Oregón, todos los indios creen en la inmortalidad de las almas y en otra vida en un mundo superior y en otro inferior. La diferencia entre el alma en que ellos creen y el cuerpo se expresa por medio de la comparación con la respiración y la sombra del hombre que es el fundamento de su nombre. No es necesario creer que esta abstracción haya llegado hasta la inmaterialidad absoluta, más bien el alma era simplemente el hombre hecho invisible con una porción de cualidades propias del ser vivo, como lo demuestran hasta la saciedad las prácticas seguidas en los enterramientos. Aquí reaparece la idea tan extendida de la existencia de dos almas, una espiritual que puede separarse aun en vida temporalmente del cuerpo y otra adherida á éste que es la que da la vida, permanece á él unida aun después de la muerte y no se separa de él hasta que es llamada á entrar en otro cuerpo. Las almas de los difuntos vagan como espíritus y á esto se deben las colosales proporciones que entre estos pueblos alcanza la creencia en fantasmas: el mismo miedo que impulsaba á quemar todos los objetos que pertenecieron al muerto convertía á las almas errantes en espíritus malos y temibles. Todos los indios creen en la existencia de numerosos genios perversos que sólo discurren maldades y causan á los hombres toda suerte de daños: las relaciones de estos genios con la mitología son á menudo sumamente íntimas. Entre los tehuelches el más importante de estos demonios, el jefe de todos por decirlo así, es Gualichu; de aquí que cuantas veces lo creen necesario procuran esos indios atraérselo por medio de sacrificios de yeguas. Gualichu significa lo que



Escultura de piedra del Noroeste de América (Colección etnográfica, Stokolmo).